

se levantaba sobre las fortunas derrumbadas, á la hora en que la Bolsa no era más que un campo sembrado de escombros. París entero, se empavesaba, se iluminaba, como por una gran victoria; y fiestas en las Tullerías y regocijos en las calles, celebraban á Napoleón III como amo de Europa, tan alto, tan grande, que los emperadores y los reyes lo elegían como árbitro en sus luchas, y le entregaban provincias para que las distribuyese entre ellos. En la Cámara habían protestado muchas voces, profetas de desdichas anunciaban confusamente el terrible porvenir: la Prusia engrandecida con todo lo que la Francia había tolerado, el Austria vencida, la Italia ingrata. Pero aquellas voces eran ahogadas con risas y gritos de cólera; y París, centro del mundo, iluminaba sus avenidas y sus monumentos, al día siguiente de Sadowa, esperando las noches oscuras y frías, las noches sin gas, iluminadas por la roja mecha de los obuses. Aquella noche Saccard, rebotando la satisfacción del éxito, recorrió las calles, la plaza de la Concordia, los Campos-Eliseos, todos los lugares donde lucían luminarias. Arrastrado por la ola creciente de los curiosos, cegados los ojos por aquella claridad de medio día, podía creer que iluminaban para festejarlo: ¿no era, él también, el vencedor inesperado, el que se alzaba en medio de los desastres? Un solo disgusto le amargaba su dicha, la cólera de Rougon que había echado á la calle á Huret, cuando comprendió de dónde procedía la jugada

de Bolsa. ¿No era, pues, el gran hombre, quien se había mostrado buen hermano, enviándole la noticia? ¿Sería preciso que se pasara sin su alta protección, y hasta que atacase al omnipotente ministro? Bruscamente, enfrente del palacio de la Legión de honor, que ostentaba en lo alto una gigantesca cruz de fuego, iluminando el obscuro cielo, tomó una atrevida resolución, para el día en que se sintiera bastante fuerte. Y embriagado por los cántos de la multitud y el crujir de las banderas, volvió á la calle de San Lázaro, á través de París en llamas.

Dos meses después, en Septiembre, Saccard, á quien su victoria sobre Gundermann hacía audaz, decidió que había que dar un nuevo impulso al Universal. El balance presentado en la junta general celebrada á últimos de Abril, hacía constar, para el año 1864, un beneficio de nueve millones, comprendidos los veinte francos de prima sobre cada una de las cincuenta mil acciones nuevas emitidas para doblar el capital. Se había amortizado completamente la cuenta del primer establecimiento, pagado á los accionistas su cinco por ciento, á los administradores su diez por ciento, y dejado en reserva una suma de cinco millones, además del diez por ciento reglamentario; y con el millón que restaba, se había llegado á distribuir un dividendo de diez francos por acción. Era un hermoso resultado, para una compañía que no contaba dos años de existencia. Pero Saccard procedía por arranques

de fiebre, aplicando al terreno financiero el método del cultivo intensivo, calentando, recalentando el suelo, á riesgo de quemar la cosecha; é hizo aceptar por el Consejo de administración, y después por una junta general extraordinaria, que se reunió el 15 de Septiembre, un segundo aumento de capital, doblándolo otra vez, elevándolo de cincuenta á cien millones, creando cien mil acciones nuevas, reservadas exclusivamente á los accionistas, título por título. Sólo que, esta vez, los títulos eran emitidos á 675 francos, ó sea con una prima de 175, destinada á los fondos de reserva. Los éxitos crecientes, los negocios felices ya realizados, sobre todo las grandes empresas que el Universal iba á emprender, eran las razones invocadas para justificar este enorme aumento de capital, doblado así golpe á golpe; porque había que dar á la casa una importancia y una solidez en relación con los intereses que representaba. Por lo demás, el resultado fué inmediato: las acciones que, desde hacía algunos meses, permanecían estacionarias, en la Bolsa, al precio medio de setecientos cincuenta, subieron á novecientos, en tres días.

Hamelin, que no había podido venir de Oriente para presidir la junta general extraordinaria, escribió á su hermana una carta llena de inquietudes, donde expresaba temores sobre aquella manera de llevar el Universal al galope, con una carrera loca. Adivinaba muy bien que se habían hecho otra vez, en la notaría de Lelorrain, decla-

raciones falsas. En efecto, no habían sido suscriptas legalmente todas las acciones nuevas, quedando la sociedad propietaria de títulos que rehusaban los accionistas; y no habiendo sido realizadas las entregas de fondos, una comedia de escritura había pasado estos títulos á la cuenta de Sabatani. Además, nombres prestados, de empleados, de administradores, le habían permitido suscribirse ella misma en su propia emisión; de suerte, que retenía entonces cerca de treinta mil de sus acciones, que representaban una suma de diez y siete millones y medio. Aparte de que era ilegal, la situación podía hacerse peligrosa, porque ha demostrado la experiencia que toda casa de crédito que juega sobre sus valores, está perdida. Pero Carolina no dejó de responder alegremente á su hermano, dándole broma con que él ahora era el miedoso, mientras que ella, tan suspicaz en otro tiempo, era la que tenía que tranquilizarlo. Decíale que vigilaba siempre, que no veía nada equívoco, que estaba, por el contrario, maravillada de las grandes cosas, claras y lógicas, á que asistía. La verdad era que ella no sabía nada, naturalmente, de lo que se le ocultaba, y que, por lo demás, la cegaban su admiración por Saccard y la emoción de simpatía en que la mantenían la actividad y la inteligencia de este hombre.

En Diciembre fué rebasado el precio de mil francos. Y entonces, enfrente del Universal triunfante, conmovióse la alta banca, y Gundermann

fué visto un día en la plaza de la Bolsa, con aire distraído, entrando á comprar bombones en la confitería con su paso automático. Había pagado sus ocho millones de pérdida sin una queja, sin que uno solo de sus íntimos hubiera sorprendido en sus labios una palabra de cólera y de rencor. Cuando perdía así, cosa rara, decía de ordinario que le estaba bien empleado y que esto le enseñaría á ser menos aturdido; y las gentes se sonreían porque apenas se concebía el aturdimiento de Gundermann. Pero aquella vez debía haberle entrado bien en el corazón la lección durísima; y la idea de haber sido derrotado en aquella emboscada de Saccard, un loco apasionado, él, tan frío, tan dueño de los hechos y de los hombres, le era seguramente insoportable. Por eso desde aquella época se puso á acecharle, seguro de su desquite. Inmediatamente, ante la admiración con que era acogido el Universal, tomó posiciones, como observador convencido de que los éxitos muy rápidos y las prosperidades engañosas conducían á los peores desastres. Sin embargo, el precio de mil francos era todavía razonable, y él esperaba aún para ponerse á la baja. Su teoría era que en la Bolsa no se provocan los acontecimientos, que á lo más se pueden prevenirlos y aprovecharse de ellos cuando se han realizado. Sólo reinaba la lógica, y en especulación como en todo, la verdad era una fuerza omnipotente. Así que los precios se exagerasen, ellos caerían; entonces vendría la baja, y allí es-

taria él sencillamente para ver realizarse su cálculo y embolsarse sus ganancias. Y fijaba su entrada en campaña para cuando los precios llegasen á mil quinientos. Cuando llegó este momento, comenzó á vender del Universal, poco al principio, más á cada liquidación, según un plan determinado de antemano. No había necesidad de un sindicato de bajistas, bastaría él solo; las gentes prudentes tendrían clara noción de la verdad y jugarían á su juego. Aquel fogoso Universal, aquel Universal que llenaba tan rápidamente el mercado y que se alzaba como una amenaza ante la alta banca judía, él esperaba fríamente á que se agrietase por sí mismo para echarlo á tierra de un empujón.

Más tarde se dijo que fué el mismo Gundermann, quien en secreto, facilitó á Saccard la compra de una vieja construcción de la calle de Londres, que éste tenía intención de demoler para edificar en su lugar el hotel de sus sueños, el palacio donde alojar fastuosamente su obra. Había conseguido convencer al Consejo de Administración, y los obreros comenzaron á trabajar á mediados de Octubre.

El mismo día en que fué colocada la primera piedra, con gran ceremonia, encontrábase Saccard en el periódico, hacia las cuatro, esperando á Jantrou que había ido á llevar la revista de la solemnidad á los periódicos amigos, cuando recibió la visita de la baronesa Sandorff. Había ésta preguntado primero por el redactor jefe, y des-

pues había caído, como por casualidad, sobre el director de el Universal, que se puso galantemente á su disposición para todos los informes que deseara, llevándola á la pieza reservada, en el fondo del corredor. Y allí, al primer ataque brutal, ella cedió, sobre el diván, lo mismo que una mujerzuela, resignada de antemano á la aventura.

Pero se produjo una complicación, pues sucedió que Carolina, que aquel día había ido al barrio de Montmartre, subió al periódico. Algunas veces iba por allí de este modo, para dar una contestación á Saccard, ó sencillamente para adquirir noticias. Por otra parte, conocía á Dejoie, á quien había colocado, y se detenía siempre á hablar con él un minuto, satisfecha de la gratitud que le mostraba. Aquel día, no habiéndolo encontrado en el recibimiento, enfiló el corredor, y tropezó con él, que volvía de escuchar á la puerta. Esto era en él ahora una enfermedad; temblaba de fiebre y pegaba su oído á todas las cerraduras, para sorprender los secretos de la Bolsa. Pero lo que aquella vez había oído y comprendido, le había disgustado un poco; y sonreía con aire vago.

—¿Está allí, no es cierto?—dijo Carolina queriendo pasar.

Dejoie la había detenido, sorprendido, balbuciente, sin tiempo para mentir.

—Sí, allí está, pero no podéis entrar.

—¿Cómo que no puedo entrar?

—No, está con una señora.

Carolina se puso blanca, y él que no sabía nada de su situación, guiñó los ojos y alargó el cuello, indicando, con una mímica expresiva, la aventura.

—¿Quién es esa señora?—preguntó ella con voz imperiosa.

Y como él no tenía ninguna razón para ocultarle el nombre á su bienhechora, se acercó á su oído.

—La baronesa Sandorff... ¡Oh, hace ya tiempo que anda dándole vueltas.

Carolina quedó un instante inmóvil. En la oscuridad del pasillo no se podía distinguir la lívida palidez de su rostro. Acababa de sentir, en medio del corazón, un dolor tan agudo, tan atroz, que no recordaba haber sufrido nunca tanto; y el estupor de aquella horrible herida parecía como que la clavaba en aquel sitio. ¿Qué iba á hacer ahora: echar abajo aquella puerta, lanzarse sobre aquella mujer, avergonzarlos á los dos con un escándalo?

Y aún seguía sin voluntad, cegada, aturrida, cuando fué abordada alegremente por Marcela, que había subido para recoger á su marido. La joven había hecho su conocimiento hacia poco.

—¡Calle! sois vos, querida señora.... Imaginaos que vamos al teatro esta noche. ¡Oh! es toda una historia, y preciso será que esto no cueste caro.... Pero Pablo ha descubierto un

pequeño restaurant donde nos regalamos por treinta y cinco sueldos por cabeza.....

Jordan, que llegaba, interrumpió riendo á su mujer.

— Dos platos, una botella de vino y pan á discreción.

— Y luego — continuó Marcela — que nosotros no tomamos carruaje, pues es tan divertido volver á pie, cuando es muy tarde..... Esta noche, como somos ricos, nos llevaremos á casa un pastel de almendras de veinte sueldos... ¡Fiesta completa, broma y jaleo!

Y se fué, encantada, del brazo de su marido. Y Carolina, que había vuelto con ellos al recibimiento, encontró fuerzas para sonreír, con una pálida y desmayada sonrisa.

— ¡Divertíos mucho! — murmuró con la voz temblorosa.

Después partió á su vez. Amaba á Saccard, y se llevaba de allí el asombro y el dolor, como una llaga que no quería mostrar.

